



Nicolás Maquiavelo

El Príncipe

Serie Clásicos de la Guerra

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentarse con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen o con lo que, según su juicio, más ha de agradarle. De ahí que se vea que, muchas veces, le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza.

Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en el corto volumen que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquieres atractivos o adornos extrínsecos, cuales muchos suelen hacer con sus cosas. He querido que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema le honren o le sean gratas. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y a criticar el gobierno de los príncipes.

Porque, así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los moties y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes; así, para

Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo De Médicis

conocer bien la naturaleza de los pueblos, hay que ser príncipe y para conocer la de los príncipes, hay que pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia, este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago. Si lo lee y lo medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una gran y constante malignidad de la suerte.

Capítulo I

De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son: hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo o nuevos. Los nuevos lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el Rey de España.

Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; se adquieren por las armas propias o por las ajenas; por la suerte o por la virtud.



Capítulo VI

De los principados nuevos adquiridos por las armas propias y el talento personal

Al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, nadie se asombre de que yo traiga a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros, se empeñan en imitar las acciones de los demás. Incluso cuando se es imposible alcanzar la perfección del modelo o de seguir exactamente el mismo camino, todo hombre prudente debe recorrer la misma vía de los grandes e imitar a los que han sido excelsos; para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque. Los hombres deben ser arqueros experimentados, quienes, cuando deben alcanzar un blanco muy lejano con la conciencia de los límites de su arma, apuntan por sobre él; no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de una mira elevada.

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según las habilidades del propio príncipe que los adquiere. Al darse por verdadero el hecho de que un hombre se convierte de la nada en príncipe necesariamente por talento o por suerte, es de creerse, en consecuencia, que una u otra de estas dos cualidades allana muchas dificultades. Sin embargo, quien menos ha confiado en el azar es siempre quien más tiempo ha conservado su conquista. Se asentará la conquista al no poseer otros estados, ya que el príncipe se verá obligado a establecerse en el territorio.

Pero quiero referirme a aquellos que se convirtieron en príncipes no por el azar, sino por sus virtudes. Y digo entonces que, entre ellos, los más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo,



Teseo y otros no menos grandes, dignos todos ellos de imitación. Aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios.

Además, también son admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos. Si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, aunque este fue auxiliado por Dios. Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, material al cual ellos dieron la forma conveniente. Verdad es

“Incluso cuando se es imposible alcanzar la perfección del modelo o de seguir exactamente el mismo camino, todo hombre prudente debe recorrer la misma vía de los grandes e imitar a los que han sido excelsos”

que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido. Pese a ello, también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentara. Fue, pues, necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su ofuscamiento, se dispusiera a seguirlo. Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba



y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su Patria. Ciro tuvo que ver a los persas descontentos por la dominación de los medas y a los medas, flojos e indolentes, como consecuencia de una larga paz. No habría podido Teseo manifestar sus virtudes si no hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses. Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que los hombres realizaran felizmente sus designios mientras que, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias.

Aquellos convertidos en príncipes por caminos semejantes, adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las vicisitudes nacen, en parte, de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y garantizar su seguridad. Pues, debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender ni más dudoso de hacer triunfar ni más peligroso de manejar que el introducir nuevas leyes.

Me explico mejor.

El innovador se transforma en enemigo de todos aquellos que se beneficiaban de las leyes antiguas. No se granjea sino la amistad inicial de los que se beneficiarán con las nuevas. La tibieza en el trato con los ciudadanos se origina, por un lado, en el temor de aquellos que tienen de su parte a la legislación antigua y, por otro, la incredulidad de los hombres, nunca fiándose en las cosas nuevas hasta ver sus frutos. En consecuencia, cada vez que la parte enemiga tiene oportunidad para atacar, lo hace enérgicamente mientras que aquellos otros asumen la defensa por mero compromiso, por lo que el príncipe se expone a caer con ellos. Por consiguiente, si se quiere analizar bien esta parte, es preciso fijarse en la fuerza de esos innovadores, así como a la naturaleza dependiente o independiente de sus posibilidades; si necesitan recurrir a la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza.

En el primer caso, fracasan siempre y nada queda de sus intenciones. En el segundo caso, cuando sólo dependen de sí



mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, rara vez encuentran la derrota de sus esfuerzos. Se explica así que sólo los profetas armados hayan triunfado mientras que los desarmados, hayan fracasado. Hay que agregar, además, que los pueblos son cambiantes y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción, por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Desarmados como el fray Girolamo Maria Francesco Savonarola³, Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo ante la multitud. Al percibir la duda del religioso, fracasó en sus innovaciones, pues se encontró con la carencia de medios tanto para mantener a los fieles en su creencia como para hacer creer a los incrédulos.

Los revolucionarios tropiezan con serias dificultades, todos los peligros surgen en su camino y sólo con gran valor pueden superarlos; pero, vencidos los obstáculos, una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, viven poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda cierta proporción con aquéllos y que servirá para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa⁴, quien de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe. A pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes que quien ha escrito de él ha dicho: *quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*⁵. Entre sus avances, licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así, rodeado por soldados y amigos fieles, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso. De lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar.

3. Fraile y político italiano (1452-1498)

4. Hierón I

5. Nada le faltaba para reinar excepto el reino.



Capítulo VII

De los principados nuevos que se adquieren con las armas y las fortunas de otros

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo, sin embargo, mucha habilidad deberán poseer para mantenerse. Debido a que tales hombres vuelan, las dificultades no surgen en su camino, pero se presentan una vez instalados.

En este apartado me refiero a los que adquieren un Estado por compra o como regalo; tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto. Muchos fueron hechos príncipes por Darío, a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria; como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo a los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna —cosas ambas mudables e inseguras— de quienes los elevaron. No saben ni pueden conservar aquella dignidad. Si no son hombres de talento y de virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos. Además, no pueden alcanzarlo porque carecen de fuerzas que puedan serles incondicionales y fieles. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso, como todas las cosas de la naturaleza que brotan y crecen precozmente. La excepción se da si, aquellos que se han convertido de forma tan súbita en príncipes, se ponen a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos; preparándose inmediatamente para conservarlo al construir los cimientos que cualquier otro tiene antes de llegar al Principado.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe —por



méritos o por suerte—, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia.

Francisco, de simple particular que era, de la nada se convirtió en Duque de Milán y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado Duque Valentino por el vulgo, adquirió y perdió el Estado con la fortuna de su padre, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigarse en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos. Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza. Creo que no es superfluo hablar de ello, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por otros como él. Si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.

“No puedo, pues,
censurar ninguno de los
actos del duque”

Para hacer poderoso a su hijo el duque, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; además, en segundo lugar, sabía que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que



desmembrase los territorios de la Iglesia, porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Después veía que los ejércitos de Italia, especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa. Mal podía fiarse de las tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover el estado social y desorganizar los territorios para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos. Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían invitado a los franceses a volver a Italia, lo que facilitó la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro VI. No había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque y derrotados los Colonna, se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante.

Uno, sus tropas, que no le eran partidarias; dos, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado. Por lo tanto, temía al rey. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y, entonces, decidió no depender más de la fortuna y las armas ajenas. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran antes incondicionales, a los cuales entregó grandes sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que, en pocos meses, el afecto se volcó por completo en el duque.



Después de dispersar a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini. Oportunidad que se presentó bien y él aprovechó mejor. Los Orsini, que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaban su ruina, celebraron una reunión en Magione, ubicado en el territorio de Perusa, de la cual nació la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales travesó el duque; sin embargo, éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses. Una vez restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de las demás fuerzas extranjeras, que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia. Supo disimular tan bien sus propósitos que los Orsini, por intermedio del señor Paulo —a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos—, se reconciliaron inmediatamente hasta tal punto que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos, el duque tenía construidos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña, el ducado de Urbino y se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, los cuales empezaban a disfrutar el bienestar de su gobierno.

Porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no ser pasada por alto. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos, porque despojaban a sus súbditos y que más les daban motivos de desunión que de unión, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes, juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión. Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia,



bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual cada ciudadano tenía a su abogado. Debido a que sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no es debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro asignado. Llegada la ocasión, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena tras ser cortado en dos pedazos, con un palo de madera y un cuchillo cubierto de sangre al lado. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto.

“Entre las personas
eminentes, se engaña quien
cree que los beneficios
nuevos hacen
olvidar las ofensas antiguas”

Pero volvamos al punto de partida.

Se encontraba el duque bastante poderoso, cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse armado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato. Pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto del rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, a mostrarse indeciso con los franceses cuando estos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro VI hubiese vivido aún, su



propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse.

Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los hechos futuros, por encima de todo, debía evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro VI le había dado. Para asegurarse de ello pensó cuatro medios distintos: primero, exterminó a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado para que el Papa no tuviera oportunidad de restablecerlos. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma para oponerse con su ayuda a los designios del Papa. Tercero, reduciendo al sacro colegio de los cardenales a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes de que el Papa muriese, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, la cuarta estaba concluida. De señores despojados, mató a cuantos pudo alcanzar, contaba con nobles romanos ganados a su causa y gozaba de gran influencia en el sacro colegio de cardenales.

Ahora, en relación a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse del resto de la Toscana; ya poseía a Perusa y Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. En cuanto no tuviese que guardar más miramientos con los franceses, se echaría sobre Pisa. Sin embargo, no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del reino de Nápoles por los españoles, y unos y otros necesitaban comprar su amistad.

Después de obtener Pisa, Luca y Siena no tardarían en ceder. Primero por odio contra los florentinos, después, por miedo al duque. Contra este ataque, los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto, incluso el mismo año de la muerte de Alejandro VI, habría adquirido tanto poder y tanta autoridad que se hubiera sostenido por sí solo: Ya no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino de su poder y de sus méritos.

Pero Alejandro VI murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un



Estado afianzado: el de Romaña con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos y, además, enfermo de muerte. Sin embargo, había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía cómo se gana o se pierde a los hombres y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos que, de no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban o, simplemente, de haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes. Aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito. Y, aunque no hizo Papa a quien quería, por los menos evitó que ascendiera el más peligroso a su poder. Pero todo le hubiese sido fácil si no hubiera enfermado a la muerte de Alejandro. El día en que fue elegido Julio II, él mismo me dijo que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre y su respectivo remedio, pero que nunca habría pensado que, en semejante circunstancias, él mismo podía hallarse moribundo.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque. Por el contrario, me parecen dignos de ser imitados por todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro. El príncipe nuevo que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o hacerse temer por los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos. El que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque.



Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo Pontífice porque, si bien no podía hacer nombrar a un Papa adicto, podía impedir que lo fuese este o aquel de los cardenales. Nunca debió consentir en que fuera elevado al pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez Papas, tuviesen que temerle. Pues, los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, al cardenal de San Pedro, al de Advíncula, al de Colonna, al de San Jorge y al de Ascanio. Todos los demás llegados al solio podrían temerle, salvo el cardenal de Ambaise, dados los lazos con el reino de Francia y con los cardenales españoles, ligados a él por alianza y por obligaciones recíprocas.

Por consiguiente, el duque debía tratar, ante todo, de ungir Papa a un español y, a no serle posible ello, aceptar al cardenal de Ruán antes de que al cardenal de San Pedro Advíncula. Entre las personas eminentes, se engaña quien cree que los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.



Capítulo VIII

De los que llegaron al principado mediante crímenes

Por supuesto, hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud. Nos corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento en el capítulo referido a las repúblicas.

Primero, me referiré al caso en el que se asciende al principado por un camino de perversidades y de delitos. En segundo lugar, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos. Con dos ejemplos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraré el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abierta, se convirtió en rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida; sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico que, inscrito en la milicia, llegó a ser pretor de Siracusa, tras ascender grado por grado. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido.

Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia, para reunir una mañana al pueblo y al Senado como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la República. Al tiempo, a una señal convenida, sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces el trono sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa, manteniéndose como príncipe de la ciudad.



Aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron, por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, se sirvió del resto de sus ciudadanos para invadir el África. En poco tiempo se levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del África y a dejarle la Sicilia. Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos, muy poco o nada encontrará lo que pueda atribuir a la suerte. Como ya he dicho más arriba, no adquirió la soberanía por el favor de nadie, sino a merced de sus grados militares que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros. Se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos o el carecer de fe, de piedad y de religión, por cuyos medios se puede adquirir poder, mas no la gloria. Pero, si se examina el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros, su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos, no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos.

Sin embargo, por su falta de humanidad, sus crueldades y sus maldades sin número, no es posible consentir el colocarle entre los hombres ilustres. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tíos maternos, Juan Fogliani. Después, fue confiado al capitán Pablo Vitelli en su primera juventud, a fin de que llegase a ocupar un grado elevado en las armas gracias a sus enseñanzas. Muerto Pablo, pasó a militar bajo su hermano Vitellozzo. En poco tiempo, como era inteligente, de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero, sintiéndose demasiado digno para servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad, a



quienes era más grata la esclavitud que la libertad de su Patria. Escribió a Juan Fogliani explayándose que, luego de tantos años de ausencia, deseaba verlo de nuevo a él y a su Patria. En parte, lo guiaba conocer el estado de su patrimonio y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos.

Rogábele, pues, que le procurara un acogimiento honroso por parte de los ciudadanos de Fermo, ya que, con ello, no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo al haber sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado

“ Por el contrario,
mal empleadas
son aquellas maldades que,
aunque poco graves
al principio, con el tiempo
crecen mucho
antes de poder extinguirse ”

crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al cual invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Fermo. Después de consumir los manjares y concluir con los entretenimientos propios de tales ocasiones Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la



conversación en peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro VI y de César Borgia, su hijo. Juan y los otros contestaron a esos argumentos, por lo que se levantó de pronto, señaló que convenía hablar de semejantes temas en un lugar más seguro y se retiró a una habitación, seguido por Juan y los demás ciudadanos. No habían tomado asiento éstos cuando, de algunos escondrijos, salieron soldados que dieron muerte a los invitados. Al estar consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al primer magistrado. Entonces, los ciudadanos no tuvieron más remedio que someterse y constituir un gobierno con Oliverotto como jefe.

Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él, se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles y militares. De manera que, durante el año que gobernó, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que fue temido por los vecinos. Habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia cuando, en Sinigaglia, sorprendió este a los Orsini y los Vitelli. Una vez aprehendido el propio Oliverotto con estos, un año después de su parricidio, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y en crímenes.

Por supuesto, podría surgir la pregunta de por qué, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, Agátocles y otros de su calaña pudieron vivir durante mucho tiempo a cubierto de su Patria, defenderse de los enemigos de afuera y sin temer conspiraciones internas; mientras que otros, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su poderío en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz.

A mi modo de ver, depende del buen o mal uso que se hace de la crueldad. Si a lo malo se lo puede llamar bueno, llamaría a las crueldades bien empleadas cuando se aplican de una sola vez para la absoluta necesidad de asegurarse, sin insistir en ellas, si no, por el contrario, tratar que las primeras crueldades se vuelvan todo lo beneficiosas posibles para los súbditos. Por el contrario, mal empleadas son aquellas maldades que,



aunque poco graves al principio, con el tiempo crecen mucho antes de poder extinguirse. Al igual que Agátocles, los hombres que observan el primero de estos procedimientos pueden poner algún remedio a su situación, con la ayuda de sus semejantes y de Dios, mientras que los otros están imposibilitados para conservar sus Estados.

Por lo explicado en este capítulo, se puede concluir que, al apoderarse de un estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer; ejecutarlos todos a la vez para que no tenga que renovarlos día a día y, al completar tal tarea, volcarse en conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. De lo contrario, quien procede de otra manera, por timidez o por tomar mal consejo, se verá siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano, ya que no podrá tomar por súbditos a quienes llenan de desconfianza sus ofensas continuas y todavía recientes. Las ofensas deben infligirse de una sola vez para que, al durar menos, las heridas se curen pronto mientras que, los beneficios deben proporcionarse poco a poco, a fin de que se saboreen mejor. Sin embargo, por sobre todas las cosas, un príncipe deberá vivir con sus súbditos de tal forma que ningún acontecimiento, favorable o adverso, haga variar el afecto. En esos momentos difíciles, no es posible remedir las necesidades que no se han previsto y que se presentan en los tiempos difíciles; el bien que tú hagas de nada sirve ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.



Capítulo IX

Del principado civil

Hablaremos ahora del segundo caso, aquel en el cual un ciudadano se convierte en príncipe, no por crímenes ni violencia, sino gracias al favor de sus compatriotas. Un Estado así constituido puede ser definido como principado civil.

El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte. Depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna que necesita o bien de la fidelidad del pueblo o bien del apoyo de los nobles. La disyuntiva se da en toda ciudad, ya que estas dos fuerzas contrarias se encuentran en una constante lucha por mandar y oprimir a la otra, que no quiere ser mandada ni oprimida. En consecuencia, de este choque surge uno de estos tres efectos: o un principado, la libertad o la licencia.

Según la ocasión se presente a uno o a otros, el principado lo pueden implantar tanto el pueblo como los nobles. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo, concentran toda la autoridad en uno de ellos y lo hacen príncipe para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a los grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda. Sin embargo, quien llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con mayor dificultad que aquel erigido mediante el apoyo del pueblo. La razón es simple: aquellos que lo rodean se consideran sus iguales, por lo que se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que, quien llega por favor popular es única autoridad y no tiene en derredor a nadie, o casi nadie, que no esté dispuesto a obedecer. Por otra parte, no puede honradamente satisfacer



a los grandes sin lesionar a los demás; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo éstos oprimir y no ser oprimidos.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá estar seguro cuando tenga por enemigo al pueblo, porque son muchos quienes forman el grupo. Por el contrario, como se trata de pocos, le será sencillo dominar a los nobles.

Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es ser abandonado por él. En cambio, si tiene por enemigos a los nobles, no sólo debe temer que lo abandonen, sino que se rebelen contra él pues, más astutos y clarividentes, siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez que no dejan nunca de congratularse con el que esperan resultará vencedor. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles.

“no sólo se verá recompensado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.”

Por lo tanto, puede crear nuevos o deshacerse de las familias que tenía, quitándoles o concediéndoles autoridad a capricho.

Para aclarar mejor el punto referido a los grandes, han de ser considerados en dos aspectos: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte o cruzan caminos para evitarla. A esos que se unen y no son rapaces, se les debe honrar y amar; mientras que, a aquellos que no se unen, se les



tiene que considerar de dos maneras: si toman la decisión por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, han de ser tratados como los del primer grupo, en especial aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer. Sin embargo, cuando no se unen sino por cálculo o por ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en el gobierno; de ellos se debe cuidar el príncipe, temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. A su vez, quien se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo, procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, objetivo que logrará al tomar al pueblo bajo su protección. Dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo se espera mal, se someterán más a su bienhechor que si este hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras que no mencionaré, porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo, pues, de lo contrario, no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto. Le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender su Patria y su Estado contra aquéllos, que, si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Aquí hago énfasis en que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio: “Quien confía en el pueblo, edifica sobre arena”; porque esta frase sólo es verdadera cuando se trata de un simple ciudadano quien confía en el pueblo, como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen; quienes así lo interpretan se engañarían a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali, en Florencia.



Por tanto, cuando es un príncipe quien confía en pueblo, un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad, quien mantiene con su ánimo y sus medidas el valor de todo su pueblo, no sólo se verá recompensado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.

Por lo general, estos principados peligran cuando quieren pasar de principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan los cargos de magistrados, los cuales, en especial durante épocas adversas, pueden arrebatarse muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos. El príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir órdenes nada más que de los magistrados, no están dispuestos a obedecer las suyas. Además, en los tiempos dudosos, no encontrará nunca gentes en quien poder confiar, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado y corren, prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana; pero, en los tiempos adversos, cuando se tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieren acudir auxilio. Sumándole al peligro de esta experiencia, es tanto más peligrosa ya que no puede intentarse sino una vez. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre, en toda ocasión tengan necesidad de él. De esa forma, le serán siempre fieles.



Capítulo XV

De aquellas cosas por las cuales los hombres, especialmente los príncipes, son alabados o censurados

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y con amigos. Debido a que sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que, en esta materia, me aparto de sus opiniones. Sin embargo, siendo mi propósito escribir cosa útil para ser entendido, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva del tema que tras su apariencia. De ello, aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse, porque muchos se han imaginado como existentes a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos.

Hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que, es inevitable que no se pierda aquel hombre deseoso de hacer la profesión de bueno, entre tantos que no lo son. Por lo cual, es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno en determinadas circunstancias, a practicar la bondad o no de acuerdo a la necesidad.

Dejando a un lado las fantasías, preocupándonos sólo de las realidades digo que, cuando se habla de los hombres, en particular de los príncipes por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque avaro, en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos tacaño al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo). Uno es considerado dadivoso, otro rapaz;



uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido, animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo y así sucesivamente.

Sé que no habrá alguien de contraria opinión a si sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas pero, como no es posible poseerlas todas ni observarlas siempre, le es preciso ser tan cuerdo como para evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del estado. Sin embargo, si no puede prescindir de ellas, no debe preocuparse gran cosa. En especial, si consideramos esto con frialdad, aún menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, mientras que el vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.



Capítulo XVI

De la prodigalidad y de la avaricia

Al empezar por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad practicada de manera que se conozca la generosidad, es perjudicial al gobernante. A su vez, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe ejercer, la prodigalidad pasará a considerarse el vicio contrario a ella. Por supuesto, aquel deseoso de conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos; por lo que, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las acciones a las que hay que llegar para procurarse dinero. Ello, en consecuencia, empezará a tornarle odioso a los ojos de sus súbditos y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Se resentirá al primer inconveniente y peligrará al menor riesgo, ya que, su prodigalidad ha perjudicado a muchos y ha beneficiado a pocos. Sin embargo, si advierte su falla y desea cambiar de conducta, será tachado de tacaño.

Debido a que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño. Con el tiempo, al ver que bastan los ingresos propios para defenderse de quien le hace la guerra y acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, de gran número, y guarda la avaricia con todos aquellos a quienes no da, más bien pocos.



En nuestros tiempos, sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños. Los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre de “pródigo” para llegar al Pontificado, no se cuidó de conservar semejante fama, a fin de poder hacer la guerra. Especialmente, contra el actual rey de Francia.

Ha sostenido tantas guerras porque, con su extremada economía, proveyó a los superfluos sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos. El actual rey España no habría realizado ni vencido en tantas empresas si hubiera sido liberal.

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco en el gasto, con tal ello le permita defenderse; no robar a los súbditos; no volverse pobre y despreciable; no mostrarse expoliador, porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar. Y si alguien dijese: Gracias a su prodigalidad, César llegó al Imperio, y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de

“ Es imposible hallar otra clase de consejeros porque los hombres se comportarán siempre mal, mientras la necesidad no los obligue a lo contrario ”

pródigos, escalaron altísimas posiciones, yo contestaría: O ya eres príncipe o estás en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria.



César era uno de los tantos deseosos de llegar al principado de Roma; pero, si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el Imperio a la ruina. Si alguien replicase: Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas. Diría yo: O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno. En el primer caso debe ser medido, en el otro, no debe cuidarse del despilfarro. Porque el príncipe que va con sus ejércitos, que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita de esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que, de otra manera, los soldados no le seguirían. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, porque el derrochar lo ajeno antes concede que quita reputación. Sólo el gastar lo propio perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues, cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla. Se vuelve el príncipe pobre y despreciable o, si quiere escapar de la pobreza, usurero y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, ambas consecuencias de una prodigalidad descontrolada. En conclusión, es de mayor prudencia contentarse con la tilde de tacaño que implica una vergüenza sin odio que, por ganar fama de pródigo, caer en la tilde de expoliador, cuya infamia viene acompañada por el odio público.



Capítulo XVII

De la crueldad y la clemencia. Si es mejor ser temido que amado

Paso a las otras cualidades ya cimentadas, al tiempo de declarar que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia. César Borgia era considerado cruel, pese que sus acciones fueron las que impulsaron el orden en la Romaña al lograr su unión, regresarla a la paz y a la fe. Al examinarse el caso con detalle, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, el cual, para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoia⁸. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse ser acusado de cruel, siempre y cuando su ferocidad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbdito. Con pocos castigos ejemplares será considerado más clemente que aquellos quienes, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causas de matanzas y saqueos en detrimento de toda una población. Por el contrario, las medidas extremas adoptadas por el príncipe van en contra de uno. Sobre todo, un príncipe nuevo no debe evitar los actos de crueldad, debido a que toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio ponga en boca de Dido: *res dura et regni novitas me talia cogunt Moliri, et late fines custode tueri*⁹.

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo, proceder con moderación, prudencia y humanidad. De modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente y una desconfianza exagerada, intolerable.

8. Localidad en la provincia de Pistoia, región de Toscana, en Italia.

9. El duro estado y la novedad del reino, a estos modos me fuerzan y, recelando de todos, cuidan las cosas.



Surge de esto una cuestión importante: ¿vale más ser amado que temido, o temido que amado?

Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero, puesto que es difícil reunir las y siempre ha de fallar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Simple es explicarlo, debido a que de la generalidad de los hombres se puede decir esto: son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues, como expliqué antes, ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. El príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras precauciones; porque las amistades que se adquieren con el dinero, no con la altura y la nobleza de alma, son relaciones merecidas pero de las cuales no se dispone y, llegada la oportunidad, no se las puede utilizar. Es preciso señalar que los hombres tienen menos cuidado en ofender a los que aman que aquellos a quienes temen, ya que el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; mientras que el temor nace del miedo al castigo, sentimiento nunca perdido. No obstante lo anterior, el príncipe debe hacerse temer de manera que, si no se granjea el amor, evite el odio. No es imposible ser a la vez temido y no odiado. Para ello bastará que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto; que se abstenga de apoderarse de los bienes, de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos; pero, sobre todo, abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio.

Nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes y quien empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno. Por el contrario, para quitar la vida, son más raros los momentos y desaparecen con mayor rapidez.



Pero, cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece el mote de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha.

Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, tanto en la mala como en la buena fortuna. Por supuesto, esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados. Sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden y, por la otra, censuran su razón principal.

Para comprobar si en verdad o no que las demás virtudes le habrían bastado, puede verse en Escipión, hombre de condiciones poco comunes no sólo dentro de su boca, sino dentro de toda la historia de la humanidad, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Ello se produjo por culpa de su excesiva clemencia, ya que había dado a sus soldados más licencia lo que convenía según la disciplina militar. Semejante falta fue reprochada por Fabio Máximo en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los locrios, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del lugarteniente fue castigado. Todo ello nacía de su carácter flexible y blando, a tal extremo, al justificarse ante el Senado, dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas. De haber llegado Escipión al mando absoluto, este carácter habría acabado por empañar su fama y su honor con el tiempo pero, como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amar depende de la voluntad de los hombres y el



temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno. Sin embargo, como he dicho ya, tratar siempre de evitar el odio es primordial.



Capítulo XVIII

De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez, pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han concluido grandes empresas.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir. Una con las leyes, otra con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la lógica no basta, es forzoso recurrir a la irracionalidad. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Sin embargo, esto no es enseñanza nueva, ya que antiguos escritores lo enseñaron a los príncipes, de un modo velado, cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y los educase. De ellos se concluye que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De tal manera, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorra y en león, ya que el león no sabe protegerse de las trampas ni la zorra de los lobos. Hay, pues, que ser zorra para conocer las trampas y león para espantar a los lobos, mas no dejar que este animal guíe las acciones, ya que demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses,



menos cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si todos los hombres fueran buenos, este precepto sería execrable, pero como son perversos y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes, quien mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien, ser hábil en fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y se aferran a las necesidades a tal grado que, quien engaña con arte hallará siempre gente que se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. El papa Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres y siempre halló oportunidad para hacerlo. Jamás hubo hombre que prometiese con más desparpajo ni que

“ Los hombres son tan simples y se aferran a las necesidades a tal grado que, quien engaña con arte, hallará siempre gente que se deje engañar ”

hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.



No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable sepa aparentar el poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas puede llegar a ser pernicioso, mientras que, el aparentar tenerlas, siempre será útil. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso y, asimismo, serlo efectivamente pero, al llegar al momento decisivo, se debe estar dispuesto a irse al otro extremo, conservándose siempre el intelecto. Además, ha de tenerse presente que un príncipe, en especial un príncipe nuevo, no puede observar todas las cualidades gracias a las cuales los hombres son considerados buenos porque, a menudo para conservarse en el poder, se verá arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en ingresar al mal.

Por todo esto, un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas. De que, al verlo y al oírlo, parezca nacido en la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tienen la habilidad de sentir. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres y estos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, la cual se escuda detrás de la majestad del Estado. En las acciones de los hombres, particularmente de los príncipes donde no hay apelación posible, se atienden a los resultados. Trate, pues, de vencer y de conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos, porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito. En el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen dónde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe, mientras que es enemigo



acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.



Capítulo XIX

El príncipe debe evitar ser aborrecido y odiado

De las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, así que quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras.

Trate el príncipe de huir de las situaciones que lo hagan odioso o despreciable. Una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios. Como ya he dicho antes hace odioso, sobre todo, el ser expoliador, el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos. La mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos. El príncipe queda libre para combatir la ambición de los peligrosos, que puede cortar fácilmente y de mil maneras distintas. Es despreciable ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo y debe esforzarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables, además de empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiende necesariamente a ser bueno y querido por los suyos. Un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que le ataquen las potencias extranjeras. De las invasiones externas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas. Siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre estarán seguras las cosas en el interior cuando lo estén en el exterior,



a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Aun así, cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierda la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques como hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; sin embargo, de este peligro se puede salvar al evitar que lo odien o lo desprecien, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo, como ya antes he repetido.

No ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de los cuales dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe. Si sospecha que se producirá el efecto contrario, jamás se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre quien conspira. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito, porque quien conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de quienes no cree descontentos. No hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; es preciso que sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro, te sea leal. Para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos, sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos. De tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar. Pues, si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumir el hecho, lo estará aún más después de ejecutarlo, porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos,



pero me daré por satisfecho al mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Annibale I Bentivoglio, abuelo del actual Micer Annibale, fue el príncipe de Bolonia, fue asesinado por Batista Canneschi, con el secreto soporte del papa Eugenio IV. De los Bentivoglio no quedó más que Micer Giovanni II, un niño aún en ese tiempo. Inmediatamente después de semejante crimen, se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. La simpatía popular nació del aprecio que tenía la casa de los Bentivoglio en aquellos tiempos. Fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese regir el estado y con indicios de que en Florencia existía un dudoso descendiente de los Bentivoglio, vinieron los

“No ser odiado
por el pueblo es uno de los
remedios más eficaces
de los cuales
dispone un príncipe contra
las conjuraciones”

boloñeses en su busca a Florencia y entregaron el gobierno de aquella ciudad a Sante Bentivoglio hasta que, a la muerte de este, Micer Giovanni asumió el mandato.

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero que debe temer todo, y a todos, cuando es aborrecido y lo tienen por enemigo. Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles, a la vez que deben mantener satisfecho



y contento al pueblo. Es éste uno de los puntos a los que más debe atenerse un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el ejemplo de Francia, la cual cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, como lo es el Parlamento. El organizador de este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de sostenerlos de una brida para corregirlos; por otra parte, comprendía el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo, temor que había que hacer desaparecer. En consecuencia, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey este conjunto de tareas, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De la reflexión puede extraerse la presente consecuencia, digna de mención: los príncipes deben asignar las tareas gravosas a los demás y reservarse las agradables para sí. Además, vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que los ejemplos de la vida y de la muerte de ciertos emperadores romanos contradicen mis opiniones porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el Imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra.

Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la historia de aquellos tiempos. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino. Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonio Caracalla,



Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados, motivo de la ruina de muchos. Era difícil dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados, las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, en especial más si lo eran contra el pueblo, ya que así tenían ocasión de desahogar su codicia y su perversidad.

Esto explica por qué siempre fracasaban aquellos emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a los otros. Explica también por qué la mayoría se decidían por los soldados, en especial los príncipes que subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes, debe inclinarse hacia el grupo más numeroso y, cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte. De ahí que los emperadores, que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios, buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo. Lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según que supiesen o no ganarse y conservar su respeto. Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanitarios y benévolos, tuvieron todo triste fin, salvo Marco. Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometido a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, quienes acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo



Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerles. Y como al odio se agregó al desprecio que inspiraba su vejez, pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo. Sin embargo, su fama de persona débil que se dejaba gobernar por su madre le acarrió el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonio Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho, y aquél, atemorizado y estupefacto. Como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convencía al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado. Con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al Imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido



noticia de su partida. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador. Pero, para adueñarse del estado quedaban aún a Severo dos dificultades. La primera en Oriente donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se habla hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio. Severo, como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él. Le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega, distinción que Albino aceptó sin vacilar. Una vez que hubo vencido y muerto a Níger, pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, para lo cual era preciso que castigara su ingratitud. Fue entonces a buscarlo a las Galias, le quitó la vida y el estado.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león y un zorro muy astuto. Advertirá que todos le temieron y le respetaron, que el ejército no lo odió. No se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un Imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Antonino, su hijo, también fue hombre de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molicie y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por uno de sus centuriones en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto que no está en manos



de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro. Sin embargo, esto no es tema para el príncipe, pues son rarísimos y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto para el servicio del estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión y de amenazar a éste diariamente con lo mismo, lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria que tenía que traerle la muerte, lo que se la trajo.

Pasemos a Cómodo, quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el Imperio en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda

“ los príncipes deben asignar las tareas gravosas a los demás y reservarse las agradables para sí ”

clase de licencias; por otra parte, olvidando la dignidad que investía, bajó muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la Majestad Imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximiano. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, una vez



muerto éste, elevaron al imperio a Maximiano, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable. La primera razón, su baja condición, pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia y esto producía universal disgusto. La segunda, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando y en el intervalo había cometido en Roma, y en todas partes del Imperio, un sin fin de depredaciones, por intermedio de sus prefectos. Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el África se revelase y que el Senado, luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano quienes, por ser harto despreciables, tuvieron pronto fin y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados; pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica el por qué los soldados eran más poderosos que el pueblo. En cambio, ahora, todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados porque aquél puede más que éstos. Excepto al Turco que, por estar siempre rodeado por doce (12) mil infantes y quince (15) mil jinetes, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino. Del mismo modo, conviene que



el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo. Adviértase que el Sultán es muy distinto de todos los principados, sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado hereditario ni principado nuevo porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen autoridad.. Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.

Volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallará que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, descubrirá a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, quien había llegado al Imperio por derecho de sucesión. Lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo, sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.



Capítulo XXI

Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y ser ejemplo de raras virtudes. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien casi puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes y algunas extraordinarias. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, quienes, pensando en esa guerra, no pensaban en cambios políticos. Por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos, sin que ellos se diesen cuenta. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener a sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después. Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los “marranos”¹⁰, sirviéndose siempre de la Iglesia. No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el África, llevó a cabo la campaña de Italia y, de modo último, atacó a Francia. Siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos, mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras. Y estas acciones tuyas nacieron de tal modo, una tras otra, que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración, como se



cuenta que las hallaba Barnabó Visconti de Milán. En cuanto algún súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil hay que descubrir un modo extraordinario de recompensarlo o castigarlo, que dé tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo, el príncipe debe ingeniarse cómo parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo, se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco. Es decir, aquel que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Por ejemplo, si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de estos casos: por ser adversarios fuertes, tiene que temer a cualquiera de los dos que gane la guerra, o no debe preocuparse por el resultado, ya que ninguno presenta amenaza alguna. En uno u otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes para hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, para placer y satisfacción del vencido; no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos que no le ayuden en la adversidad mientras, que el derrotado no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.

Antíoco, fue llamado a Grecia por los etoilos para arrojar de allí a los romanos. Mandó embajadores a los acayos, amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Por el contrario, los romanos les pedían que tomaran armas a su favor. Se debatió el asunto en el Consejo de los acayos. Para cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó: *Se les dice que es muy bueno y muy útil para su estado que no tomen parte en nuestra guerra, y es precisamente lo contrario, porque si no toman parte quedarán por premio del vencedor sin merced ni reputación*¹¹.

10. Término peyorativo referido a los judeoconvertos y sus descendientes, alegándose la falta verdadera de fe cristiana.

11. *Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis.*



Siempre verás que quien no es tu amigo te exigirá la neutralidad, mientras que un verdadero amigo te exigirá demostrar tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen muchas veces el camino de la neutralidad y minan con ello el camino al fracaso. Sin embargo, cuando el príncipe se inclina valientemente por una de las partes y ella triunfa, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto. Los hombres nunca son tan malvados que, dando prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen. Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento, sobre todo con respecto a la justicia. En cambio, si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible, y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos; en su prudencia, el príncipe debería correr en su auxilio, porque es imposible que con su ayuda no venza y, si vence, quedará a su discreción.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan. Precaución necesaria ya que, si venciera, quedaría en su poder. Por lo que los príncipes deben hacer todo lo posible para no quedar a disposición de otros. Los venecianos, quienes pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina. Sin embargo, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, cuando no se puede evitar, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Por supuesto, no se crea que los estados puedan inclinarse siempre por partidos seguros; por el contrario, piénsese que todas las opciones son dudosas; debido a que, como acontece en el orden de las cosas, cuando se quiere



evitar un inconveniente, se incurre en otro. La prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar al menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distinguen en las artes. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el estado. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones, a las cuales conviene que el príncipe conceda su atención. Reúnase de vez en vez con ellos, dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en ninguna ocasión.



Capítulo XXV

Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele

No ignoro que muchos creen, y han creído, que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas. Más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas. De lo cual podrían deducir la no válida de pena en fatigarse mucho en las cosas, que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.

143

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que, cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles, las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro. Todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Por supuesto, aunque esto sea inevitable, no basta para que los hombres no tomen sus precauciones con diques y reparos en las épocas en que no hay nada que temer. De manera que, si río crece otra vez, tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, la cual se manifiesta, con todo su poder, allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Si ahora contemplamos a Italia, en el teatro de estos cambios y



el punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase. De haber estado defendida por la virtud necesaria, como lo están Alemania, España y Francia, esta inundación no se habría producido o no habría provocado grandes transformación. Basta esta reflexión para lo concerniente a la necesidad de oponerse a la fortuna general.

Pero yéndome más a los detalles, me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte. Es decir, aquel príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia. Creo también que es feliz quien concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias mientras que, del mismo modo, es desdichado quien no logra armonizar una circunstancia con la otra. Ya que se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, a la gloria y a las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares. Se observa también que, de dos hombres cautos, uno consigue su propósito y el otro no; al igual que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu; lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse.

De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado. Mientras que dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objetivo y el otro no. De esto depende, asimismo, el éxito, pues, si las circunstancias y los acontecimientos se presentan para que el príncipe cauto y paciente se vea favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz. Sin embargo, si cambian, está perdido porque no varía al mismo tiempo su proceder. Debido a que no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las



circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso. Si pudiese cambiar de la naturaleza con las circunstancias y con los tiempos, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones, por lo que las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aún vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, el rey de España deliberaba con el rey de Francia sobre las medidas por tomar. Pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; los primeros con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, los segundos por miedo. Sin embargo, logró conseguir al rey de Francia en su favor, colocarlo a su lado, pues, al ver que Julio II había iniciado la compañía y quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos, juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo de forma manifiesta.

Así, pues, con su impetuoso ataque, Julio II hizo lo que ningún pontífice hubiera podido alcanzar con toda la prudencia humana como escudo, ya que, si él hubiera esperado tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles para partir de Roma, como cualquier otro pontífice hubiese hecho, jamás habría triunfado. El rey de Francia habría tenido mil pretextos, al tiempo que los otros habrían amenazado con mil represalias. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, parecidas a la mencionada y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida no le permitió conocer lo contrario. Es posible que corriera a su ruina al sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar impetuoso al cual lo inclinaba su naturaleza.



Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén en desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tenerla sumisa, golpearla y zaherirla; ya que se deja dominar por los de carácter violento antes de aquellos que la tratan con suavidad. Además, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes, más fogosos y se imponen con más audacia.

